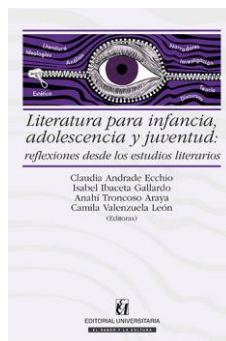


Literatura para infancia, adolescencia y juventud: reflexiones desde los estudios literarios. Claudia Andrade Ecchio, Isabel Ibaceta Gallardo, Anahí Troncoso Araya, Camila Valenzuela León (editoras), 2015, Editorial Universitaria, 167 páginas



La producción literaria para la infancia y la juventud pasa por un muy buen momento. El éxito mundial de la saga de Harry Potter provocó un cambio de paradigma en el mundo editorial que fue seguido por la publicación de otras sagas y por un aumento del número de lectores, un fenómeno también impulsado por la aparición de nuevas prácticas de socialización de la lectura en plataformas de internet. Un nicho que ha crecido emblemáticamente es el del libro- álbum en el que lo verbal y lo visual se conjugan para crear significado; tradicionalmente destinados a los lectores más jóvenes, hoy son terreno de poéticas *crossover* en los que el lector ideal no está limitado por su edad.

En el contexto chileno, el auge de la literatura para la infancia y la juventud es particularmente visible no sólo por el número de nuevas publicaciones, sino también en la multiplicación de iniciativas de fomento del libro y la lectura, el reciente Plan Nacional de Lectura, la aparición de librerías especializadas, y la creación de diversos cursos de posgrado en torno a la promoción o apreciación estética de literatura para estos segmentos etarios (en 2016 se ofrecieron siete diplomados sobre LIJ en universidades chilenas). Sin embargo, el acercamiento crítico a esta literatura ha estado marcado por la tradición del fomento a la lectura, una tradición orientada alrededor de la pregunta sobre cómo formar nuevos lectores. Esta pionera publicación editada por cuatro jóvenes investigadoras —tres de las cuales escriben sus tesis doctorales en el departamento de literatura chilena e hispanoamericana de la

Universidad de Chile— aporta una nueva y muy necesaria perspectiva, entonces, a las aproximaciones a la producción literaria para la infancia y juventud. Las editoras —Claudia Andrade, Isabel Ibaceta, Anahí Troncoso y Camila Valenzuela— comienzan tomando distancia de estudios anteriores al negarse a usar el acrónimo LIJ que localizan en la tradición de fomento lector, un marco que les parece necesario superar comprendiendo que “la literatura para niños, niñas, adolescentes y jóvenes es, en primer lugar, una construcción cultural que se realiza a través del lenguaje estético. Como toda literatura, porta ideologías y despliega diversas visiones de mundo, aspecto que tiende a quedar de lado al ser abordada desde la perspectiva didáctica y/o mercantil” (16). El llamado es así a aproximarse a la producción para receptores no-adultos con esfuerzos para revelar la construcción cultural de la infancia, adolescencia y juventud y la reproducción de visiones de mundo en estos textos.

El libro comienza con un breve prólogo escrito por la profesora de la Universidad de Chile Irmtrud König, seguido de una introducción y ocho capítulos, cada uno a cargo de una investigadora chilena a excepción de uno firmado por dos académicas argentinas. El primero, a cargo de Camila Valenzuela —quién es además autora de novelas para adolescentes—, hace un recorrido historiográfico por los cuentos maravillosos europeos en Francia y Alemania. Es seguido por un artículo de Claudia Andrade —quién también cuenta con producción literaria en el campo— sobre *La Quintrala* de Magdalena Petit, y *Nuestras Sombras* de María Teresa Budge, con un foco en la producción de la corporalidad femenina. El tercer texto, de Isabel Ibaceta, explora la construcción del cuerpo infantil en *Papelucho* y como a través de éste se devela

una conceptualización de la niñez. Un cuarto capítulo, a cargo de Anahí Troncoso, arremete contra lo que llama “pedagogía reproduccionista” y “el largo manto de silencio” (97) en las obras que tematizan el terrorismo de Estado y la dictadura. Un quinto ensayo explora la producción de textos multimodales por parte de autores e ilustradores; este capítulo firmado por las investigadoras argentinas Mariel Rabasa y María Marcela Ramírez actualiza algunas cuestiones teóricas con respecto a posibles relaciones entre lo visual y lo verbal en estos libros usando como casos de estudio obras de reconocidos autores latinoamericanos. Un sexto ensayo, escrito por Lucía Acuña, propone una lectura rizomática del libro-álbum *El Globo* de la autora argentina Isol y lo pone en relación con *Alicia en el país de las maravillas*; en tanto Paula Rivera analiza el uso de fantasía en *La saga de los confines* de la autora colombiana Liliana Bodoc. Un último artículo, de la investigadora Carolina Pizarro, aborda críticamente la definición del corpus literario concreto de la narrativa para adolescentes y jóvenes que se distingue tanto de la literatura para adultos como para niños. La autora esboza en ese artículo una suerte de taxonomía de tipos de narrativas para adolescentes que circulan hoy.

La lista anterior muestra una variedad temática a la vez que una concordancia en las aproximaciones conceptuales y teóricas; las autoras no sólo comparten un enfoque disciplinar, sino también un interés por develar las conceptualizaciones e idearios sobre infancia y juventud que subyacen a las narrativas estudiadas. La publicación de este libro es así un hito para estos estudios no sólo en Chile, sino también en Latinoamérica donde los pocos trabajos en este campo han estado lejos de articular un debate. Pero quizá por lo mismo, las editoras arremeten con lo que podría considerarse excesivo celo contra los enfoques más pedagógicos en frases como

“el fomento es una línea delgada entre la invitación y la imposición” y “creemos fundamental que el fomento se sitúe dentro del plano de la oportunidad y no de la dominación” (17). Esas declaraciones no van acompañadas a referencias a prácticas concretas, ni se apoyan con referencias en la tradición crítica al didactismo en la literatura infantil que apunta a la infancia como construcción sociocultural pudiendo resultar así algo arbitrarias para alguien no habituado a las tensiones mismas en este campo. Pero se trata de un campo altamente disputado donde un libro como éste no sólo tiene que abrir espacio a estudios que no se rijan por la urgencia de encontrar buenos libros para formar nuevos lectores, sino también que validar el análisis de textos destinados a lectores más jóvenes desde el constreñido campo de los estudios literarios. Este libro funciona así —como bien señaló Ignacio Álvarez en su lanzamiento— como una toma de posición, como una movida estratégica para marcar un campo, algo que ciertamente consigue.

Macarena García González
Universitat Zürich